

# **Contestación: Profundizando en las claves de la enseñanza de la arqueología en la universidad española**

## ***Final comment: Key issues in archaeology teaching at Spanish university***

**Gonzalo RUIZ ZAPATERO**

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. Profesor Aranguren s/n, E-28040 Madrid  
gonzalor@ghis.ucm.es

Es posible que la claridad que presentan las debilidades e insuficiencias de la enseñanza de la arqueología en la Universidad española ayude a entender por qué las discrepancias de mis colegas son más bien pequeñas y de detalle y exista un cierto consenso en la radiografía de los problemas centrales y algunos de los diagnósticos realizados en mi texto. Por otra parte, los comentarios de un joven y brillante investigador desde fuera de la universidad -pero con un buen conocimiento de ella-, de un joven profesor titular y de un catedrático más experimentado y con muchos años de docencia permiten reunir visiones desde ángulos diferentes y muy válidas que ayudan a construir una visión de la situación de la enseñanza universitaria de la arqueología más plural, más rica y, sin duda alguna, más sugerente.

Quiero empezar por las cuestiones posiblemente más graves y preocupantes que, con gran sentido crítico, apunta Lois Armada en su comentario. La primera es, sin duda, si en el momento actual la construcción del EEES, el proceso de Bolonia, es posible llevarlo adelante con un coste 0. La realidad es dura porque la verdad es que la implantación de los primeros cursos de los nuevos grados se está haciendo en muchos casos (p.e. en las universidades madrileñas) con menos recursos que hace un par de años, es decir estamos por debajo de 0. El proceso de Bolonia no ha ido acompañado de los recursos financieros necesarios y por ello es muy razonable dudar de las posibilidades de éxito. Lo

que sucede es que mi reflexión se centraba en lo que podríamos denominar la esfera estrictamente académica, dejando deliberadamente fuera la financiación económica. Algo, repito, grave porque hace muy difícil superar las limitaciones de las plantillas de profesorado actual para atender campos de conocimiento que tienen pocos o ningún especialista en los departamentos universitarios. Sin una mínima flexibilidad para que las universidades contraten profesores con docencia muy especializada ese problema será irresoluble. En un campo como la arqueología sin el concurso de arqueólogos trabajando en museos, en las administraciones y en las empresas (Esquembre y Ortega 2002; Gómez y Penedo 2000, Segura 2002) la arqueología enseñada será, ahora y en el futuro, una arqueología incompleta y divorciada de prácticas profesionales que generan conocimientos muy específicos. Tampoco debemos ocultar que el modelo español del profesor tipo, experto en lo podríamos llamar “período/región”, no ayuda a realizar una transición al modelo anglosajón bien definido en el ejemplo del staff de la universidad británica de Durham. Pero cambiar esta situación creo que no tiene mucho que ver con la cuestión de las famosas “áreas de conocimiento” porque el propio Ministerio ha iniciado algo así como su demolición controlada. Incluso para la provisión de plazas ya no es imprescindible -como lo era antes- que los miembros de las comisiones pertenezcan al área de conocimiento de la plaza en cuestión. Incluso me atrevo a apuntar

que quizás eso sea bueno para intentar avanzar hacía un modelo que debería reconocer la existencia de una sola área: Arqueología. Cosa que no resulta tan sencilla porque en las dos trincheras -la de Prehistoria y la de Arqueología- hay profesores que no están dispuestos a “combatir” codo con codo en una trinchera única. Y además en esos posicionamientos hay cuestiones muy complejas de tipo disciplinar, afectivo, de intereses muy concretos, etc... que no harán fácil llegar al objetivo para mi deseable de departamentos de Arqueología.

Me alegra ver que mi interés en la historiografía y en la teoría arqueológica suscita aprobación general. En todo caso el problema es que seguimos con un déficit, como señala Jesús Álvarez, en algo tan básico como la disponibilidad de manuales y textos de referencia. Muy grave en el caso de la historiografía, donde por ejemplo hemos tenido que esperar hasta este mismo año para tener un libro sobre la arqueología del primer franquismo (Gracia Alonso 2009). Y estoy totalmente de acuerdo en la necesidad de escribir las crónicas de la arqueología en la universidad española a lo largo del s. XX, que nos ayudaría a entender muchas cosas, haríamos justicia a nuestros antecesores en los departamentos y acaso hasta podríamos gestar un razonado orgullo de los logros en cada universidad. Y también me congratula que la cartografía disciplinar que reclamamos empiece a contar con “mapas” que nos permitan comprender los paisajes en los que nos movemos.

Los comentarios de Jesús Álvarez se orientan más hacia cuestiones prácticas de la docencia y sus problemas: la necesidad de cambiar el modelo basado sólo en la clase presencial, el concurso de otros referentes informativos y formativos (prensa, Internet, talleres, conferencias,...), los problemas de un alumnado con una formación cada vez más deficiente, al menos en los parámetros más tradicionales. También apunta los problemas que se derivan de la escasa valoración de una buena docencia por parte de la propia institución universitaria que reconoce y prima la investigación en mucha mayor medida. Para esa docencia de calidad nos faltan buenas herramientas y los manuales universitarios siguen siendo importantes, y que se produzcan dentro de la propia tradición disciplinar española tam-

bién lo es. La enseñanza de temas más áridos como la teoría arqueológica puede recurrir, al menos en los cursos introductorios, a experiencias que traten de introducir una cierta carga humorística y atractiva (Smith y Burke 2005). La política de despreciar los manuales en las evaluaciones del profesorado creo que un gran error, porque escribir un buen manual es una tarea difícil, compleja y que precisa de larga experiencia en las aulas. Cada vez resulta más necesaria la orientación en la escritura académica y no hay muchos textos que rebasen el nivel de recetarios de cocina, uno reciente, deslumbrante y magnífico, es el de William Germano (2008) que destila reflexión experimentada en cada página. Finalmente, la valoración que hace Jesús Álvarez de la enseñanza de cursos de adultos (modelo de “universidad de mayores”) creo que es muy acertada y que deberíamos prestar más atención a ese segmento de enseñanza, de forma coordinada con la docencia reglada de Grados y Másteres.

Como no podía ser de otra manera las observaciones de Víctor Fernández son, de alguna manera, las más sabias. Pedir prudencia frente a la obsesión de formar especialistas cuanto más complejos mejor es muy sensato. Reclamar una reflexión sobre el tipo de sociedad y valores en los que nos movemos es un ejercicio de realismo, así como desconfiar de aquellas políticas que en el campo de la enseñanza pública exigen rentabilidad en todo, especialmente rentabilidad económica. Que los arqueólogos como investigadores sociales tenemos una responsabilidad social es algo indiscutible que nadie pondría en duda. Pero reclamar deontología profesional para alzar la voz contra los procesos de especulación inmobiliaria o los atentados ecológicos y medioambientales en los que se ve inmersa la gestión arqueológica no parece ya algo tan claro (Vidal Encinas 2005). Me quedo, y es lo que más me ha gustado, con la petición de Víctor Fernández de generosidad intelectual en los profesores de más experiencia y edad para promover nuevas vías y enfoques de la investigación arqueológica y estar atentos a todas las innovaciones para conocerlas, criticarlas e incorporarlas en nuestra docencia e investigación en la medida en que se revelen eficaces para construir nuevas miradas sobre el pasado.

**REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

- ESQUEMBRE, M.A.; ORTEGA, J.R. (2002): Arqueología y empresa. *Actas de las Jornadas de Arqueología y Patrimonio Alicantino* (AA.VV.), Alicante: 7-102.
- GERMANO, W. (2008): *Cómo transformar tu tesis en libro*. Siglo XXI, Madrid.
- GÓMEZ, E.; PENEDO, E. (2000): Universidad y empresa en la arqueología actual. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 10: 369-373.
- GRACIA ALONSO, F. (2009): *La arqueología del primer franquismo (1939-1956)*. Bellaterra, Barcelona.
- SEGURA, G. (2002): De profesión, arqueólogo. El profesional liberal independiente. *Actas de las Jornadas de Arqueología y Patrimonio Alicantino* (AA.VV.), Alicante: 75-86.
- SMITH, C.; BURKE, H. (2005): Becoming Binford: fun ways of teaching archaeological theory and method. *Public Archaeology*, 4(1): 35-49.
- VIDAL ENCINAS, J.M. (2005): La inmodélica gestión de la arqueología en España: de servicio público a mercancía. *PHBoletín*, 53: 78-82.